



LA HISTORIA DE CASIGUSANO

Érase una vez un día feliz en un pueblo llamado Sevilla la Nueva. Y allí, en lo que llamaban el parque del olivar, junto a las fuentes de agua, había un hormiguero grande de donde salían, a diario, miles de hormigas, todas en fila, todas ellas hermanas, y todas ellas trabajadoras.

En ese hormiguero que otras muchas intentaban reconstruir tras un ataque gratuito e “inhumano”, transcurría la vida de una hormiga que siempre estaba triste... Y cuando digo siempre, me refiero precisamente a eso: ¡a siempre!

Esta hormiga tuvo la desgracia de nacer solo con tres de sus patas, y nadie supo nunca por qué. Ella tampoco. En el lado derecho le faltaban cuatro, y en el izquierdo le faltaba la primera de todas ellas.

Las demás hormigas – todas hermanas – se reían de ella porque no podía ayudar en las tareas de recolección de alimentos. Pero ella, que no pensaba dejarse llevar por la tristeza de su desgracia, salía todos los días del hormiguero a buscar un pequeño fruto que pudiera acarrear en su castigado cuerpo y, así, sentirse una más, y no una menos. Mientras las demás hormigas seguían el camino establecido, ella caminaba siempre en paralelo, siempre en solitario para no entorpecer la marcha... y siempre soportando la burla de las demás.

Pero ella no desistía, y siempre encontraba algo que llevar hasta el hormiguero, aunque para ello tuviera que detenerse a cada instante para así poder descansar.

-¡Corre, corre, “casigusano”! – se reían de ella, llamándola así por tener que ir casi arrastrándose por el suelo

- ¡Hoy comemos todas! – gritaban otras, mofándose del escaso alimento que era capaz de transportar - ¡hoy tenemos banquete, gracias a “casigusano”!

Pero ella seguía en su empeño, olvidando las crueles bromas, obviando los vacíos que le hacían, y sintiéndose bien por hacer todo y cuanto podía... En realidad, nadie – ni ella misma – valoraba su esfuerzo, que era mayor que el de los demás.

Y así pasaba día tras día, siempre triste, siempre sola, pero siempre luchando, sin una sola amiga con la que poder disfrutar.

Un día en el que había conseguido alejarse del hormiguero más que nunca encontró una cáscara de pipa que no dudó en acarrear. La pipa pesaba demasiado, y ante la sorna de las demás, prefirió no soltarla.

De pronto, observó cómo sus compañeras corrían más de la cuenta. Algunas, incluso, llegaron a dejar su carga en el suelo, y todas lo hacían en dirección al hormiguero.

-¿Qué pasa? – preguntó asustada

-¡Corre, corre, “Casigusano”, viene una niña que ha descubierto nuestro camino!

-¿una niña? – preguntó contrariada - ¿y eso qué es?

-¿Recuerdas lo que pasó con el hormiguero?

-sí – contestó, recordando los destrozos, y el duro trabajo que hubo que hacer para su reconstrucción - ¿eso lo hizo una niña?

Las pisadas de la niña hacían que las hormigas se elevaran del suelo mientras todas corrían. Nuestra amiga también corrió, o lo intentó, pero no pudo llegar a tiempo hasta el hormiguero.

Todas corrían porque sabían del peligro de la gigante, que el día anterior ya había pisado el reguero de hormigas. Unas se quedaron pegadas a la suela de su enorme zapato, que creaba una sombra siniestra sobre el suelo, otras quedaron aplastadas sobre el suelo, y otras volaron por los aires...

Nuestra pequeña amiga, viendo que se quedaba atrás y que las demás ya estaban cerca del hormiguero, estaba muy asustada, caminando con dificultad, y mirando hacia el cielo que, de pronto, se oscureció.

Ante ella estaba esa gigante de lazos dorados sobre la cabeza, y que caminaba sin cuidado alguno. De pronto, elevó su gigantesco pie y nuestra amiga se asustó tanto que se dejó caer sobre el suelo, cerrando sus ojitos.

Asustada como nunca lo había estado apretó sus ojos cerrados y tembló, esperando la inevitable pisada... De pronto, notó como algo se apretaba contra su lomo, y, aunque le hacía daño, no era lo suficientemente fuerte como para aplastar su cuerpecito.

Cuando abrió los ojos vio que estaba subiendo por el aire, apoyada en el gigantesco dedo de esa niña, que la llevó hasta su cara. Lo hacía a tanta velocidad que no pudo evitar el sentirse como uno de esos insectos voladores que tanto envidiaba.

-Oooooooooooooooooooooooooooooooooohhhh- gritó

La niña la miraba detenidamente, y ella, asustada como estaba, temblaba más y más.

Esa niña, que se llamaba como tú, al verla arrastrándose por el suelo, sintió curiosidad y la cogió, y al descubrir que le faltaban patas sintió tanta pena que comenzó a girar la cabeza hacia un lado y otro hasta descubrir dónde estaba el hormiguero.

-¡Pobrecita! – dijo con una voz potente, que nuestra amiga no pudo traducir.

La niña caminó hasta el hormiguero mientras las demás hormigas seguían corriendo, adentrándose a toda velocidad y corriendo por las galerías para encontrar un lugar seguro donde esconderse.

Desde dentro del hormiguero el sonido de las pisadas era aún más atronador, y todas, incluida la reina, sintieron mucho miedo.

Cuando la niña llegó hasta el hormiguero, bajó su dedo hasta la arena y dejó que nuestra amiga se deslizara hasta entrar en él.

“Casigusano” no podía creerlo, pero esa niña le había salvado la vida, y sonrió, aunque la niña no fuera capaz de percibirlo.

A partir de ese día, esa niña tuvo más cuidado al caminar por el parque, y nuestra amiga “Casigusano” fue agasajada por sus compañeras por primera vez en su vida porque, gracias a ella, el hormiguero se había salvado de una muerte más que segura.

Y desde ese día “Casigusano” pasó a llamarse Salvadora, y todos la respetaron, comprendiendo el error que habían cometido con ella.

Moraleja: ¿tanto cuesta ser amable? Solo eso.

Texto: JOSA

Dibujo: CARMEN

MMX